

CAPITULO XX.

La conquista española vino á ser un remedio para los males de Yucatan.—Raza yucateca actual.—Razones y pruebas históricas.—Reflexiones y observaciones.—Presagios de la invasion europea entre los yucatecos.—Profetas yucatecos ó Chilames.—¿Quién era Chilam Balam?—¿Qué se entiende por Libros de Chilam Balam?—Juicio crítico.—Profecías chilámicas.—Fundamentos naturales y científicos para muchas de aquellas predicciones.—Particularidad notable en los historiadores respecto de la Cruz.—Los documentos mayas designan unánimemente por sus propios nombres á los cinco Profetas Chilames.—Texto de las profecías, segun la version de Cogolludo—Texto maya, segun los Códigos manuscritos.—Observaciones.

Despues de lo que se acaba de ver en los capítulos que preceden, no podrá con razon negarse que si, como dejamos observado, la triste época que inmediatamente antecedió á la de la aparicion de los europeos se hubiese prolongado, indudablemente ya habría sucumbido el pueblo maya bajo el triple despotismo de sus reyezuelos, de sus sacerdotes verdugos y de sus viciosas costumbres, cuando su país viniese á ser descubierto por la civilizacion europea. Mas para dicha y consuelo del hombre, es ley de las sociedades humanas, por favor notable del Divino Autor de ella, la de que las naciones, hablando en general,

encuentren al cabo el remedio de sus grandes padecimientos. ¹

Así, por más grandes que hubiesen llegado á ser los males consiguientes á la guerra de conquista que los españoles hicieron á las naciones de esta India Occidental; por más que ellos aspirasen como conquistadores á la gloria del triunfo militar y á la posesion del oro y la plata, cuyo descubrimiento se proponían en el de cada isla y cada punto del continente; por más que algunas veces, por breve tiempo, hubiesen reducido á esclavitud á los indios vencidos, eran al fin cristianos, eran españoles del siglo XVI, y con ellos venían los verdaderos sacerdotes del Señor y de su verdadero culto, los verdaderos conquistadores, en el buen sentido de la palabra, como legítimos obreros de la civilizacion. Los misioneros no buscaban ni el vano laurel de las temporales victorias, ni el metal, ni las piedras preciosas, sino únicamente las almas, esto es, el bien de la humanidad y el servicio de Dios, y por eso ellos, más que nadie, afearon á sus compatriotas las injusticias y crueldades que se permitieron como vencedores, traicionando á su propio carácter de cristianos.

La conquista, por más que aparentemente

¹ *Quoniam Deus..... sanabiles fecit nationes orbis terrarum.* Sapiencie I. 14.

fuera un daño, tenía que ser en realidad la salvacion del desgraciado pueblo maya, y lo fué.

Por más víctimas que en el curso de ella y despues hubiesen de hacer los conquistadores, su número tenía que ser y fué incomparablemente menor al que resultaba de las guerras que los mismos indios entre sí se hacían, y sobre todo, al de las frecuentes y numerosas hecatombes humanas que los Nacones ofrecían á los ídolos.

Por más que un rey desconocido y lejano como era el español, entrase en posesion de la tierra yucateca, siempre había de ser mejor la suerte de la inmensa mayoría de los indios, porque no es patria para un pobre esclavo el suelo de su cautiverio, aunque en él se hubiese medido su cuna, ni es grato tal suelo, cuando constantemente ha de regarse con la sangre propia y la de los padres, esposa é hijos.

Por más que los nuevos amos (señores y encomenderos) de los indios hubiesen de abusar de ellos, incomparablemente más padecían en la ahogante esclavitud que sufrían bajo sus antiguos tiranos.

Por más que el gobierno español les impusiese algunos tributos, serían pequeños en comparacion de los muchos, muy pesados y continuos que pagaban á sus antiguos señores, si es que eran de las clases tributarias y no esclavas;

que siendo de estas últimas, no hay para que decir más sobre su mejor condicion despues de la conquista, pues ántes de ésta, ya vimos en su lugar, cómo había tres clases sociales, á saber: de nobleza y sacerdocio la primera, que era la única libre y feliz; de tributarios la segunda, que trabajaba sin descanso para el alimento y para el fausto de la primera; y de esclavos la tercera, que gemía bajo la servidumbre y bajo el cuchillo homicida de los sacrificios: ocupados todos en incontables muchedumbres, y entre tanto que les llegaba su turno de formar parte de alguna de las continuas hecatombes, en levantar montes y colinas artificiales, templos, adoratorios, palacios, casas, villas, ciudades, castillos, heredades, grandiosos algibes ó aguadas, prodigiosas calzadas de centenares de leguas, para cruzar la Península toda en diferentes direcciones, subterráneos, sepulcros ó mausoleos, y quién sabe cuántos trabajos más de que hoy no quedan vestigios, como quedan de los que acabamos de enumerar, y encontramos no sólo en todas las zonas de esta dilatada Península, sino aún entre las aguas del mar, como el castillo de Kukulcan erigido entre las aguas de Champoton.

Por más que dieran una parte de sus pocos bienes á sus Curas Párrocos, daríanlo por lo general con gusto á quienes iban á encontrar generosos protectores en todas sus cuitas y nece-

sidades, ministros de dulce paz y serena calma entre ellos y el cielo, derramando siempre sobre las llagas de su alma y de su cuerpo el bálsamo del consuelo (para ellos ántes desconocido), en los momentos más tristes, como los de la enfermedad, la persecucion, la cárcel, la agonía y la muerte; ó santificando los de la dicha, y haciéndolos más puros y más gratos, como los del nacimiento, del matrimonio y de la inauguracion de las empresas; encontrando así y palpando la infinita diferencia que hay entre el verdadero sacerdote del Señor y los verdugos sacrificadores de su antiguo falso culto.

Por más, en fin, que ese pueblo indígena hubiese de padecer más ó ménos azarosas circunstancias en la conquista y en los tres siglos del gobierno colonial, no sólo iba á recibir los beneficios de la civilizacion cristiana, sino á mezclar su sangre con la de sus conquistadores y formar un solo pueblo que es el actual yucateco, pues debe tenerse en cuenta que todas nuestras ciudades y poblaciones no se fundaron en los días de la conquista sino solo de guerreros españoles, cuyas listas en parte insertó en su Historia Fr. Diego López de Cogolludo, sin hacerse mencion de ninguna mujer española, de modo que todas las madres de familia fueron de raza india pura, que por la santa ley del matrimonio cristiano unieron su suerte á la de los españoles. Si estos son, pues, nuestros padres,

aquellas son nuestras madres. Toda la parte decente de los indios que aceptó la conquista y abrazó la religion verdadera, comenzó á amalgamarse con la raza española, quedándose empero toda la parte inferior de los mismos indios conservando junto con la pureza exclusiva de la sangre aborígena, la ignorancia y la miserable condicion de su estado de plebe y de trabajadores del campo, á que tambien han descendido muchos hijos de españoles en las aldeas, rancherías y fincas rústicas, en que bajo un tipo y color que conservan mucho de su origen europeo, no se oye sino únicamente el idioma indígena, y no se ven sino costumbres y supersticiones mayas.

Mucho se engañan por esto cuantos al ver á nuestros actuales indios, pobres ciertamente é ignorantes, juzgan al punto que la raza conquistada no ha tenido del descubrimiento y de la conquista otra cosa que degradación y triste ruina. No: la raza conquistada no sólo está en esa parte ínfima de nuestra actual sociedad, sino en toda la que formamos nosotros que podemos clasificarnos en media y superior. En todas las naciones del globo hay hez de pueblo siempre muy pobre y miserable; y la de nuestro país es esa que por un error se llama de indios, como si solo ellos lo fuesen. Ni ellos son puramente indios sin mezcla de otras razas, ni nosotros los de las clases superiores somos pura

y exclusivamente hijos de españoles. Los mismos indios rebeldes, que incomunicándose en el presente siglo con el mundo civilizado, se han ido á encerrar en las florestas del Sur y del Oriente ha ya más de treinta años, despues de derramar el incendio y la muerte en las tres cuartas partes del territorio peninsular, y que debería considerárseles como los indios de más pura sangre, no lo son. Todos saben que allí se encuentran muchos blancos, mestizos y mulatos y aun tambien desertores del ejército federal mejicano, y reos prófugos, sin que por eso deje de ser verdad que allí más que en otra parte alguna se encuentran grupos de raza pura antigua.

La Divina Providencia que es siempre justa y benéfica, hizo tambien de modo, en los días de la conquista, que aquellos verdugo-sacerdotes y más despóticos tiranos de entre los mismos indios, que fueron por fiero orgullo quienes más se escondieron en los bosques inaccesibles juntamente con sus esposas é hijos, procediesen, de manera que, cuando los misioneros los exhortaban con paternal bondad á que por lo menos mandasen á sus niños para ser educados en las primeras escuelas que se abrieron en los conventos, ellos procuraran que fuesen traídos los de sus esclavos y tributarios, de suerte que en dos ó tres generaciones se cambió la condición, haciéndose salvaje é ignorante la clase antes privilegia-

da, y por el contrario, noble y distinguida respectivamente la de los infelices que se educaron bien y se hicieron una misma cosa con los españoles, ó que si conservaron su nombre y su raza en familias de caciques, fué con privilegios que el gobierno español les acordó, como á los Tutul Xiús, los Cheles, algunos Cocomes y otros que lograron ser tenidos en consideraciones y aun en cargos honrosos y lucrativos. Y si hoy en la plena vejez del Siglo XIX hay á la verdad tan marcada decadencia en los indios, si se ha paralizado el curso de su civilizacion y de su amalgama con la raza europea, si hay tribus que viven todavía en estado de guerra con nosotros, mostrándose refractarios á la religion verdadera y á la civilizacion, ¿quién no ve que este no es el resultado de la conquista, toda vez que ésta ya con la obra de la Independencia, pasó al dominio de la historia, y que la política actual es la única responsable de nuestros progresos ó retrocesos sociales? ¿No es hoy cuando la persecucion, las leyes y los hombres públicos han extinguido los monasterios de donde salían las misiones civilizadoras en favor de los indios, quitado á la Religion que operó toda la parte buena de la conquista su carácter de Religion del Estado, y arrancado la Nacion del regazo maternal de la Iglesia Católica? ¿Porqué, pues, siendo ahora *ciudadanos libres* los indios, están en la necesidad de volver á ser con-

quistados para que poco á poco vengan á ser tales ciudadanos y empiezen de nuevo á ser la honra de la patria, de la civilización y de la libertad? Luego no es á la conquista á la que han de atribuirse las presentes malas circunstancias de nuestros indios, si á lo que ella tuvo de bueno, como es la Religión, habrá de ocurrirse necesariamente para que se continúe la obra por ella empezada en favor de la civilización de nuestras razas inferiores. ¹ ¡Cuántos decla-

1 El hecho del descubrimiento y la conquista puede con propiedad asemejarse, entre nosotros, al de una jóven esclava á quien un generoso protector vino á dar libertad, tomándola á la vez por esposa y quedándose por amor de ella sin volver á su país. Como los hijos de este matrimonio, así son las actuales generaciones yucatecas en sus clases principales. Los católicos españoles no han sido nuestros tiranos sino que han sido nuestros libertadores y nuestros padres. La noble raza maya no ha sido tampoco nuestra vil esclava, sino nuestra digna madre. Por eso el que creyendo ostentar patriotismo declama contra los españoles, sólo muestra su ignorancia de la historia; y el que por descender en línea recta de algun conquistador habla contra los indios, olvidado al ménos de una ó dos esposas indias de sus abuelos, agravia en sí propio la sangre y la tierra en que vive, y sin la cual se vería sin patria, porque en Europa no sería tenido sino como extraño. Verdad es que en nuestra sociedad la clase mixta fué tenida algun tiempo en ménos, pero esto solo fué en el sentido de la ilegítima procedencia de muchos de sus individuos, sirviendo precisamente aquel cuidado y celo para dar mayor estimación á la pureza de sangre así de blancos como de indios, como dos fuentes puras de nacionalidad que habfan de cruzarse por la santa ley

madores hay, sin embargo, que avergonzándose justamente de pedir la guerra y el exterminio contra nuestros hermanos los indios, pero que ruborizándose á la vez triste y absurdamente de hablar un lenguaje religioso, pretenden con una política y una moral sin Dios, abordar la empresa de civilizar sólo con el trabajo y las letras á las masas! ¡Necios! ¿No comprenden que si la Religión no está ahí para santificar á las letras y al trabajo, aquellas se tornan en el más poderoso instrumento de la maldad, y este no es más que el efecto de una dura esclavitud y de un libertinaje desmoralizado y desmoralizador?

Pero en fin, volvamos á nuestro objeto: la conquista española que ya se cernía sobre el antiguo pueblo maya, iba á ser redencion para él y castigo para sus domésticos tiranos. Y un tan gran suceso como este, una revolucion que

social del matrimonio cristiano para que produjesen la legítima y noble clase mixta que está llamada á ser la verdadera clase nacional. Los reyes indios Cheles y Xiús, fueron dignos soberanos y grandes políticos en sus circunstancias; porque previendo que la conquista española era irremediable, despues de que pagaron su tributo al patriotismo y á la dignidad luchando por muchos años contra los españoles, por fin celebraron alianza con ellos, y de este modo hubo de consumarse la conquista de Yucatan. Estos son nuestros orígenes sociales, cuyo profundo estudio debiera ser la base de nuestras leyes, de nuestra religion pública y de nuestras costumbres.

tenía el carácter de verdaderamente grande, extraordinaria y maravillosa, que así iba á llamar la atención del Orbe entero, como á cambiar en su base misma la constitucion de este pueblo, tenía indudablemente que aparecer acompañado de todas las circunstancias de un hecho singularmente venturoso y providencial.

En efecto, todos los historiadores están contestes en que hubo presagios que lo anunciaran; así como se refiere haber acaecido en otras partes de este mismo continente y de muchos ó de todos los del antiguo en igualdad de circunstancias. Con respecto á los mejicanos, Clavijero, despues de referir varias predicciones de la ruina del Imperio de Moctezuma, dice estas palabras: «Estoy muy léjos de pensar que todo lo que encontramos escrito sobre este asunto, sea digno de crédito; pero tampoco puedo dudar de las tradiciones que existían entre los mejicanos, acerca de la próxima ruina de aquel Imperio, de resultas de la venida de gentes extrañas que se apoderarían de la tierra. No ha habido en todo el país de Anahuac una sola nacion, culta ó inculta, que no haya admitido aquella creencia, como lo prueban las tradiciones verbales de las unas y las historias de las otras. Es imposible adivinar el primer origen de una opinión tan general; pero desde que en los siglos XV y XVI, los navegantes, ayudados por la invencion de la brújula, empezaron á perder el mie-

do á la alta mar, y los europeos estimulados por la ambición y por la sed insaciable del oro, se habían familiarizado con los peligros del océano, aquel maligno espíritu, enemigo capital del género humano, que no cesa de espiar en toda la tierra las acciones de los mortales, pudo fácilmente conjeturar los progresos marítimos de los pueblos de Oriente, el descubrimiento del Nuevo Mundo, y una parte de los grandes sucesos que ahí habían de ocurrir; y no es inverosímil que los predijese á la nacion consagrada á su culto para confirmar con la misma prediccion del porvenir, la errónea persuasion de su pretendida divinidad. Pero si el demonio pronosticaba futuras calamidades para engañar á aquellos miserables pueblos, el piadosísimo Autor de la verdad los anunciaba tambien para disponer sus espíritus á la admisión del Evangelio.»¹

Viniendo á nuestra historia, Cogolludo dice así: «Cuando la fe no nos enseñase que la Providencia Divina gobierna todas las cosas, y que la conversion de las almas depende de su eficacia, desengañaría á nuestros españoles la admirable disposicion con que la Majestad de Dios nuestro Señor tenía prevenidos los ánimos de estos naturales para que la recibiesen cuando les fuese manifestada por los predicadores

¹ Clavijero. *Historia antigua de Méjico*. Libro V.

evangélicos..... Cosa parecerá á algunos difícil de crédito; pero la verdad del hecho asegura el comun sentir de los naturales en su certidumbre estar escrito en su idioma entre otras cosas de sus antigüedades desde que se convirtieron, y no ser imposible comunicar Dios dones semejantes á los hombres, áun cuando por sus culpas se hacen incapaces de recibir las mercedes que dimanar de su gracia..... En el tiempo, pues, que estaban estos indios más sujetos al demonio con el culto idolátrico y más apartados del verdadero conocimiento de su Criador y Señor, dió espíritu profético á algunos de los sacerdotes gentiles con que anunciaron la predicacion evangélica, para que cuando llegase el tiempo de coger su fruto, ni la novedad les admirase, ni tuviesen excusa con la ignorancia de lo que se les decía.»¹

El Illmo. Sr. Landa dice: «Como (*los de*) la gente mejicana tuvieron señales y profecías de la venida de los españoles y de la cesacion de su mando y religion, tambien las tuvieron los de Yucatan.»²

En efecto, hemos dicho en su lugar (Capítulo IX) que una de las clases sacerdotales, la primera y principal, era la de los profetas y adivinos, cuya denominación genérica era la de

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatan*. Lib. II. Cap. XI.

² Landa *Relacion*. § XI.

Chilames. La palabra yucateca *Chilam*¹ significa intérprete, mago, astrólogo, etc.; porque esa clase de sacerdotes era tambien la de los sabios y de los astrónomos, á la vez que oráculos de las supuestas deidades. Ellos precedían los sucesos futuros, venerándoseles por tanto como adivinos y profetas. Como ellos eran los que escribían los libros de sus ciencias, de sus historias (*Analtees*), de su culto y de su cronología ó calendario (*Uinaltees*), que eran unos curiosos sumarios, que por contener las épocas y ritualidades religiosas, el movimiento de los astros y las predicciones consiguientes, se tenían como libros sagrados; su nombre de Chilam vino á confundirse con el de dichos libros.

Ellos presidían y practicaban las significativas ceremonias de las fiestas Katónicas que á modo de las famosas olimpiadas, se celebraban en sus respectivos períodos, erigiéndose en cada vez la piedra monumental correspondiente, denominada *Katun*, y que, como ya saben nuestros lectores, representaban cada una un siglo yucateco.

Pues bien: hubo uno de estos sacerdotes Magos ó Chilames, cuyo nombre propio era *Balam*, que sin duda por haberse distinguido entre todos por su mayor ciencia ó más notables predicciones, ó por cualquier otro motivo

¹ Véase el *Diccionario de la lengua maya*.

que ignoramos, vino ciertamente á ser el Chilam más célebre, el Chilam por excelencia, en tales términos, que su nombre de *Chilam Balam* pasó á ser ya el de toda aquella clase de adivinos y tambien de sus Libros Sagrados ó *Uinaltees*. De aquí el origen de esos importantes y sobremanera curiosos manuscritos conocidos con el dicho título «Libros de Chilam Balam,» escritos en lengua maya con alfabeto cristiano por indios más ó ménos instruídos, adornados al ménos con la cualidad de curiosos copistas, que allá en los primeros años despues de la conquista, nos trasladaron en papel español y escritura cristiana lo que en geroglíficos y signos fonéticos antiguos se contenía en los mapas ó pieles, y en cierta clase de libros que antes usaban, y de que ya antes hemos hablado. Pasando de padres á hijos estos libros, y sucediéndose las copias, se les fué añadiendo todo cuanto en los Almanagues españoles de la época llamaba la atención á los mismos indios copistas, y tambien consignaban sus propias apuntaciones ó memorias personales. La coleccion de recetas ó medicamentos mayas es casi siempre una de las partes de estos libros. A vuelta de todas estas adiciones y entremezclado con difusas relaciones inútiles, cualquiera comprenderá cuánto de útil debe encontrarse en tales manuscritos acerca de la historia y cronología maya, acerca de las costumbres, y

acerca tambien de las profecías que aquí ahora nos ocupan.

Los libros de Chilam Balam son en gran manera raros, á pesar del cuidado que los indios han tenido de copiarlos y guardarlos, y dentro de poco tal vez desaparezcan por completo, pues la coleccion que nosotros poseemos y que es acaso la única, se encuentra en mal estado por su antigüedad en un clima destructor como el de nuestro país.

No sólo, pues, porque los historiadores nos hablan de que en su antigüedad gentílica los yucatecos tuvieron profetas que les vaticinaron con la debida anticipacion el suceso del descubrimiento y de la conquista, sino porque en todos los dichos manuscritos mayas ó «Libros de Chilam Balam» se encuentra certificado el hecho de una manera uniforme y constante, nosotros nos creemos obligados á consignarlo así en la presente Historia. No dudamos que, como D. Justo Sierra y otros han creído, el nombre de Chilam Balam hubiese dado tal vez ocasion para que, en época reciente, alguna persona ó personas mal intencionadas ó ignorantes y fanáticas fraguaran predicciones más ó ménos necias y ridículas, insostenibles á la luz de una sana crítica; pero de ninguna manera puede dudarse á la luz de la misma sana crítica, que realmente existió ántes de la conquista no sólo un personaje llamado Chi-

lam Balam, sino toda una clase ó gerarquía de Sacerdotes Chilames, y que aún existen en copias auténticas recogidas de entre los mismos indios (y no dé entre los blancos), los preciosos manuscritos que nos legaron.

Tambien debe observarse, por lo que pueda convenir, que es propio de la historia y de la lengua mayas el poder denominar *palabras de Chilam Balam* á toda prediccion de cosa futura, sea que la prevision se haga por un efecto de virtud preternatural, ó por medio de los conocimientos científicos. Y ésta es tambien una de las razones porque propiamente se titulan de Chilam Balam los libros aludidos, porque no sólo contienen las profecías chilámicas, sino tambien, como ya dijimos, los cálculos astronómicos y las predicciones consiguientes por lo que mira á la agricultura, la salud, la enfermedad, las medicinas, etc.

Por otra parte, así como en el Antiguo Mundo se conservaban ciertas vagas tradiciones sobre una tierra que el mar había ocultado ó segregado, y sobre la cual vemos ocuparse á las Escrituras Santas, á los sabios y á los poetas ¹ ya bajo el nombre de Atlándida, ya bajo de alguno otro; así debemos entender que en este Nuevo, y por consiguiente en esta tan an-

¹ Isaías, Cap. XVIII.—Séneca, Med. act. 2.—S. Gregorio, sobre la Epíst. de S. Clemente.

tigua y célebre parte de él, Yucatan, sus sabios particulares, los sacerdotes Mayas ó Chilames, hubiesen conservado entre sus más secretos misterios y ocultas tradiciones, el recuerdo de la desaparicion de su propia tierra, esto es, de las Islas y del Continente americano, con respecto á la otra de que vinieron á quedar incomunicados, sea por causa de hundimientos del suelo, por invasiones del mar, sea por otro motivo; y que por consiguiente pudieran predecir y predijeran, que un tiempo se llegaría en que gentes nuevas y extrañas se presentasen á la vista cuando ménos se les esperase, y en fin, que tomando de aquí adecuado fundamento para moralizar amenazasen con la ruina de la nacion y la pérdida de la libertad, ó anunciasen una revolucion más favorable que ninguna otra á la dignidad humana y al órden social. Todavía más: puesto que los primitivos pobladores de la América eran blancos y barbados, como se vé en las figuras y dibujos de las ruinas más antiguas, y sólo á consecuencia del clima y del cambio radical de costumbres vinieron á adquirir el color bazo ó cobrizo que les es característico, y á disminuirseles el pelo de la barba con otras modificaciones, nada encontramos de extraño que tambien el recuerdo de esto hubiese sido una de las tradiciones y secretos de la ciencia sacerdotal, oculta á los profanos, pero de modo que llegara como llegó el momento de ser revelada,

anunciando que ciertas gentes desconocidas, blancas y barbadas vendrían de hácia donde nace el sol. Los tultecas que son los progenitores de los mayas, segun todas las probabilidades, eran blancos, barbados, de nariz aguileña y de alta y gentil apostura, como no raras veces se encuentran muestras en piedra, en barro y en pinturas; notándose, además este noble tipo con bastante frecuencia aún hoy en día, entre las mismas generaciones de nuestros actuales mayas, á pesar de la degeneracion que sufrieron de la tercera á la cuarta época de su historia antigua. Kukulcan, blanco y barbado, no se nos presenta en la historia y la tradicion, sino como un noble tulteca y verdadero padre y rey del pueblo maya.

En cuanto á ciertos animales, como el ganado y el caballar de que carecían los indios, es muy de notar que los mayas tienen nombres propios para designarlos: *Uacax*, la res, y *Tzimín*, el caballo. Y por tal motivo, ellos al ver aquellos animales traídos por los españoles, al punto les aplicaron sus respectivos nombres. D. Juan Cocom, noble indio, y tan ilustrado, que mereció de los mismos españoles el título de hombre sabio y particularmente entendido en la historia de su propia patria y antiguas tradiciones, el cual era de la familia de los reyes de Mayapan y de Zotuta, conservaba, siendo cristiano, un libro que le dejó

su abuelo, que fué el mismo que en Méjico se escapó cuando acaeció la ruina de Mayapan: en este libro estaba pintada la figura de un cuadrúpedo por el estilo de un gran ciervo, con la prediccion adjunta de que cuando en Yucatan se presentase aquella clase de animales, como venados grandes, que eran las vacas, se mudaría el culto de los dioses, lo que decia ver cumplido D. Juan en la entrada de los españoles y con ellos la de las vacas. ¹

El Sr. Landa testifica haber visto aquel libro, dando por razon de su dicho el haber conocido y tratado familiarmente al expresado D. Juan Cocom, que le poseía y conservaba como un tesoro y especial prenda de familia. ²

Así, pues, aun sin ocurrir á los fundamentos filosóficos de credibilidad que con respecto al orden sobrenatural se dan en las escuelas, nada encontramos que razonablemente pueda oponerse á la admision de las predicciones naturales de los sabios indios, relativas al descubrimiento, á la conquista, á la aparicion de hombres y animales nuevos, enteramente desconocidos para ellos, y en fin, de un nuevo culto. Y si á esto añadimos las proporciones que en el vulgo tomarían las especies á la siniestra luz de la supersticion, si en alguna manera puede

¹ Herrera. Década IV, Lib. X, Cap. III.

² Landa. *Relacion*. § XI.